F 2235
.3
.P32

THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

D453
101

SIMON BOLIVAR

Libertador de Colombia, Perú, y Bolivia

Del retrato original, sacado en Cartagena en el mes de Agosto 1830

UN RASGO

DE

BOLÍVAR

EN

CAMPAÑA.

Hiram Paulding

NUEVA-YORK:

IMPRENTA DE DON JUAN DE LA GRANJA,

NASSAU-STREET, No. 5.

1835.

PX635
.3
.P32

25504
118

18-22546

AL SEÑOR

JUAN DE FRANCISCO MARTIN.

Mui Señor mio.

Habiendo leido pocos dias hace un opúsculo en ingles, que acaba de salir á luz con el título de "A Sketch of Bolivar in his Camp" escrito por un oficial distinguido de la Marina de los Estados Unidos, y notando que está tratado con aquella ingenua imparcialidad que caracteriza á los valientes, he creido que una traduccion en castellano será del agrado de los amigos del GRANDE HOMBRE, que despues de su muerte ha sido tan vilmente calumniado por ciertos individuos que le deben su actual elevacion. Esta confianza me ha movido á

hacer el presente ensayo, que tengo el honor de ofreceros como una pequeña muestra del afecto que os profeso, y como homenage de respeto y admiracion por las sublimes virtudes del LIBERTADOR, quien hasta que exhaló el último suspiro jamas dejó de distinguiros con su amistad, porque tambien la supisteis vos siempre merecer. Dignaos pues acojer este mi pequeño trabajo con la benignidad que os es propia.

Vuestro mas adicto servidor y sincero amigo

L. M.

Nueva-York y Diciembre 17 *de* 1834.

UN RASGO DE BOLÍVAR

EN

CAMPAÑA.

En el mes de Mayo de 1824 fondeó nuestra fragata en el puerto del Callao, y aunque habian trascurrido cuatro años desde mi primer arribo á este punto, no parecia haber habido mudanza alguna en todo cuanto podia alcanzar la vista. Todo presentaba el mismo sombrío y lúgubre aspecto de siempre. El desierto arenoso, las paredes de barro, y los cobertizos oscuros de paja, de que se componen las casas de la miserable poblacion, son á la verdad objetos que solo pueden inspirar sentimientos melancólicos. La bandera española flameaba en las almenas del castillo, y la isla de San Lorenzo presentaba sus escarpadas rocas contrastando las embravecidas olas del Oceano, y haciendo alarde de sus sobervios picos en-

vueltos en fantásticas nubes, y siempre mudables neblinas. Mas allá del valle de Rimac se anunciaba la en otro tiempo suntuosa ciudad de Lima por sus numerosas torres que descuellan sobre todos los objetos intermedios, y que aparecen circunvaladas en anfiteatros por las primeras filas de montañas que elevándose una sobre otra se estienden hasta terminar en los Andes. Este aspecto me hizo detenerme á contemplar con gusto las escenas que yo habia presenciado en aquella hermosa ciudad en tiempos pasados. Antes que las conmociones de la guerra civil hubiese quebrantado los lazos de la lei y de la naturaleza, cambiando el semblante de todas las cosas con su irresistible corriente, Lima no tenia tal vez igual en todo el Mundo Occidental por su esplendor y lujo, así como por la abundancia de todas las comodidades de la vida y la gran facilidad de adquirirlas. Con mucha razon que podia llamarse la "*Ciudad Dorada.*" Un cielo despejado, la deliciosa fragrancia de las arboledas de naranjos, y la frondosa alameda, todo se reunia para embelesar los sentidos del estranjero al acercarse á la entrada de la ciudad. Las anchas y bien empedradas calles

ofrecian un aire de alegría por la pintura al fresco de las casas, y por los murmuradores arroyuelos que lavaban las aceras ó serpenteando corrian por medio de todas las principales calles de la ciudad. Las casas de la gente acomodada tenian grandes plazueletas al frente, cercadas de enrejados con sus puertas, y las habitaciones estaban brillantemente decoradas con ornamentos dorados, ricos espejos y muebles los mas preciosos. Los templos, enriquecidos con los despojos de dos siglos, proclamaban la opulencia de la ciudad y el poder del Clero.

Todavía recuerdo con placer la mucha cortesía y señorío de la gente principal de Lima, que nunca pasaban por delante de nosotros en las calles sin saludarnos; y hasta los sacerdotes que por preocupaciones religiosas ó por política pudiera nuestra presencia haberles hecho concebir alguna aversion, casí jamas faltaban á la observancia de las mismas formas de atencion. La plaza se veia animada con las alegres mercancías de España y del Oriente, bien acomodadas en barracas primorosamente entoldadas: en medio de ella arrojaba sin cesar sus abundantes aguas una magnífica fuente, y no léjos de allí murmuraba el rio Rimac por entre su

cascajoso lecho en su marcha hácia el Oceano, pasando por uno de los mas deliciosos valles que alumbra el sol. La paz, la abundancia y el contento parecia que reinaban en todas las clases de la sociedad. Pero si el inmutable clima del Perú hubiera dado lugar á la impetuosa furia de un huracan que hubiera arrasado toda la faz de la naturaleza en su desoladora carrera, no habrian presentado las bellas alquerías y hermosos campos del Rimac una escena de tan completa ruina como la que acarreó la revolucion. Ocupada alternativamente por los Realistas y Patriotas; cuanto escapaba de la rapacidad de los unos, venia á ser presa segura de los otros. Si los habitantes no habian huido de sus casas por temer algun riesgo personal, eran echados de ellas violentamente y conducidos á una prision ó á los mataderos militares. Sus caballos, su ganado, y los frutos del campo eran sin reserva despojos de la guerra. Las aldeas y haciendas ocupadas por la soldadesca, eran continuamente los teatros de las mas desastrosas correrías por ambos partidos, de suerte que en dos ó tres años la ruina y la devastacion viniéron á usurpar el lugar en que abundaba todo lo que podia

desearse para suplir las necesidades y conveniencias de los desgraciados habitantes. Lima pasó por la primer terrible prueba con alguna mas dicha que los pueblos vecinos, pero con el tiempo le tocó una gran parte de la calamidad general. El edificio social fué conmovido hasta los mismos cimientos. Los destierros, las confiscaciones y los préstamos forzosos redujéron á la mendicidad á las mas opulentas familias. Vajillas, muebles, y cuanto habia de valor, todo era sacrificado para cubrir las necesidades del momento, y muchos ejemplos hubo de ver las espléndidas casas de los ciudadanos ocupadas por soldados de fortuna.

Todas las fuentes de las rentas publicas fuéron cegadas: el poco comercio que quedaba, estaba en manos de estranjeros, quienes protejidos algun tanto por su carácter de neutralidad, se aprovechaban de la calamidad de los tiempos. Era tal el estado de cosas, que cualquier cambio que hubiese apénas podia esperarse que fuese peor. Los generales españoles estaban en posesiòn del Callao y Lima, de todo el Alto Perú y de la costa desde el Callao hasta los desiertos de Atacama, miéntras que los patriotas eran dueños de la mayor parte

del pais y costa del Norte. En tales circunstancias, y luchando dos partidos poderosos por la soberanía del pais, debia esperarse que los encontrados intereses acarrearian dificultades de un carácter nacional.

El Virei español que habia sido arrojado dos veces de la capital, y que no podia hacerse obedecer del pueblo, sin estar á la cabeza de su ejército de quince mil hombres que habia reunido en el Alto Perú, queria sostener todavía por medio de los subalternos que tenia sobre la costa, el derecho de apresar los buques neutrales con arreglo á las leyes de Indias, miéntras que el Almirante Guise que mandaba las fuerzas navales de los patriotas y que tenia la supremacía en el mar, declaró en estado de bloqueo toda la costa ocupada por los españoles. Así es que los buques neutrales no contaban con seguridad, sin un alarde de fuerza para su proteccion, y aun de este modo no se libraban en todos casos de la captura y confiscacion.

Nuestros comerciantes que siempre llevan la delantera en empresas de dificultad y peligro, fuéron de los primeros que sufriéron, y el comandante naval anglo-americano pronto conoció que los de-

beres que este estado de cosas le imponia, eran de naturaleza tan varia y delicada, que ni el mas cauto discernimiento podia dar una regla para remediar satisfactoriamente los males que producian las quejas. Simpatías individuales así como consideraciones nacionales nos inclinaban de todos modos á evitar un conflicto que pudiese perjudicar la causa de los patriotas, y por otra parte los españoles no tenian sobre que pudiesemos nosotros hacer represalias por las presas que hacian ilegalmente, aun cuando hubieramos estado dispuestos á ello. Sin perder pues de vista nuestros intereses mercantiles y la conservacion de las relaciones amistosas con los patriotas, pareció lo mejor recurrir al Jeneral Bolívar, quien al frente de los ejércitos combinados de Colombia y Perú atravesaba los Andes, para salir al encuentro al Virei Laserna. Con este objeto se pidiéron á los individuos interesados las pruebas necesarias de haber sido despojados de su propiedad por el Comandante naval peruano, y estando todo dispuesto, se me dió á mí la órden de pasar al cuartel general de Bolívar con despachos del Comodoro Hull. El saber un poco el castellano fué lo que me pro-

porcionó este interesante servicio, y yo entré á desempeñarle con todo aquel celo propio de la novedad de su carácter. Mucha incertidumbre habia sobre la situacion que ocupaba el Jeneral Bolívar, y todos aquellos á quienes preguntaba sobre los caminos á que pudiera aproximarse en su marcha, solo manifiestaban la mas profunda ignorancia.

El dia 4 de Junio de 1824, me embarqué en la goleta de guerra de los Estados Unidos *Dolphin*, y el 6 desembarqué en la pequeña villa de Huacho al Norte de Lima; y encontrándome allí con un oficial del ejército peruano, de quien indagué algunas noticias, me resolví á comenzar mi viaje por tierra desde aquel pueblo.

En tal virtud tomé mi alojamiento con el Gobernador de la plaza, quien debia proveerme de pasaporte, de un guia y de caballos. Era sumamente difícil hacerle entender el objeto de mi mision tocante á sus deberes oficiales para con migo, sobre lo que se aconsejó con algunos de sus subalternos, y aprovechándose de mis esplicaciones en mal español, por fin el Gobernador me convenció de que estaba dispuesto á suplir con su celo la

falta de inteligencia; en consecuencia me dió un pasaporte que hubiera hecho honor al inmortal Gobernador de la ínsula Barataria. En él mandaba á todos los Gobernadores de los pueblos, á todos los oficiales civiles y militares y á todas las clases de habitantes del Perú, que me suministrasen bagajes, guias, víveres y toda clase de auxilios que necesitase hasta llegar al cuartel general del Libertador. A mí no se me ocultaba que el tal pasaporte debia ser mirado como un absurdo por cualquier hombre de entendimiento, porque el Gobernador de Huacho ni era conocido ni tenia la menor autoridad fuera de su pequeña aldea; pero como daba un grado estraordinario de importancia á mi mision, preferí mas bien confiar en la ignorancia y buen natural de la gente con quienes tenia que comunicarme en el camino, que no sujerir al Gobernador una modificacion de este raro documento; y en lo sucesivo tuve abundantes motivos de felicitarme por esta determinacion. Estando instruido de ante mano de lo que es viajar por el Perú, me proveí de una cama ligera portátil, silla de montar, freno y armas, y no se pasó mucho tiempo sin esperimentar la utilidad

del primero de estos utensilios, porque el Gobernador no tenia un colchon qne poderme proporcionar por una noche.

Las seis de la mañana era la hora señalada para mi partida, en cuyo tiempo se me prometió que estarian listos el guia y los caballos. Mucho ántes de amanecer, las voces de los habitantes, los traquidos de los cohetes, las descargas de fusilería y los repiques de campanas por la fiesta de algun santo, viniéron á turbar el sueño de todos los que estaban entregados al reposo. Los caballos no viniéron á las seis, y tuvímos que aguardar hasta las ocho, en que al fin trajéron tres ó cuatro los paisanos que como milicia en servicio activo, estaban de ordenanza en casa del Gobernador. Así que ví los miserables animales, volví á otro lado la vista con disgusto, porque eran estremamente malos y literalmente estaban en los puros huesos. El Gobernador respondió á mis instancias diciendo, que no los habia mejores; pero al fin por desembarazarse de un huésped molesto, mandó á algunos de sus milicianos, que embargasen los primeros caballos buenos que encontrasen en el paso del mercado, quien quiera que fuese su dueño.

En conformidad, tres de ellos armados de lanzas se apostáron en una de las principales calles, que va del campo á la plaza del mercado, para acechar á los desgraciados aldeanos conforme vinieran con sus frutos á esta hora ominosa.

No habia pasado mucho tiempo cuando se dejó ver una mujer que venia montada sin recelo alguno en un gordo y lozano caballo en medio de dos serones de frutas y hortalizas. Los soldados agarráron el caballo por las riendas, y sin ceremonia ni esplicacion alguna mandáron desmontarse á la dueña y entregar su caballo para el servicio del estado. Una dolorosa escena se siguió á esto: la mujer se negaba á acceder á la demanda de los soldados, diciendo que su marido estaba sirviendo en el ejército, que todos sus caballos se los habian tomado para el Estado, y que si la dejaban tambien sin este, quedaban á perecer sus hijos. Yo creia que tan lastimera interpelacion á la humanidad de los paisanos los hubiera enternecido, pero con la frecuencia de tales.occurrencias, juntamente con sus desgracias individuales, se les habian probablemente empedernido los corazones contra los padecimientos de los demas, y así pareció no ha-

berles hecho la menor impresion, porque la órden de desmontar fué repetida con la misma inflexible entereza. Viendo la pobre infeliz, que ni la resistencia ni los ruegos eran de ningun valor, tuvo que dejarse bajar del caballo y descargar sus serones quietamente. En la amargura de sus lamentos, yo me acerqué á ella y le puse en las manos una suma de dinero suficiente para recompensarla del riesgo de perder su animal, así como por el tiempo que careciese de su servicio. De este mismo modo se nos proporcionáron las demas cabalgaduras, y poco despues de las nueve me puse en camino junto con mi compañero Mr. Hunter y un indio que llevabamos de guia, con un triste presagio de lo futuro por lo desagradable que habia sido el principio de nuestra jornada.

Nuestro camino pasaba por el pequeño valle de Huaura en linea paralela con la costa, y por tres ó cuatro millas estaba cubierto de cañas bravas y algarrobos, interpolado de tierra cultivada, donde abundaban bastante los naranjos, limoneros, higueras y guayabos con otros árboles frutales propios de los trópicos; y el terreno cruzado de multitud de arroyuelos, de cuyas aguas se servian los

labradores á su placer para regar las tierras, ostentaba su lozanía en cuanto estaba sembrado. El cielo estaba raso y brillante, el aire soplaba con suavidad por entre las silvestres hojas que cubrian nuestro estrecho sendero por lo mas del camino; un encanto presidia á toda la escena, y nosotros nos encontrabamos demasiado embelesados para no atravesar este silencioso valle con perezosos pasos. Así como salímos del valle se nos presentó á la vista un arenoso páramo, y la pequeña villa de Huaura estaba situada á la entrada de él. Aquí dímos órden á nuestro guia de conducirnos á casa del Gobernador para almorzar, siendo esta la costumbre de los oficiales que viajan en servicio del Estado, con la que desde el principio de nuestro viaje conocí que era menester conformarnos, por no haber posadas en todo el camino.

Al llegar á casa del Gobernador vímos que prometia tan pocas gollerías á nuestros pobres dientes, que tuvímos que contentarnos con un poco de pan que encontrámos en una pulpería inmediata. La casa capitular de Huara era de carrizos y barro, su apariencia nada halagüeña y la de los habitan-

tes que vímos, indicaba suma pobreza. A los pocos minutos proseguímos nuestro camino por el páramo, que conduce á Barranca, donde ibamos á hacer noche. A dos ó tres millas de Huaura encontrámos una porcion de promontorios desiguales de tierra de los que se encuentran muchos en el Perú, y de los cuales ni la historia ni la tradicion nos dan razon fidedigna del objeto con que fuéron construidos. Algunos suponen que eran catacumbas, otros que allí se escondiéron los tesoros de los Incas en tiempo de la conquista, y no falta quien dice que se levantáron en conmemoracion de sucesos importantes ó de reinados de los Incas distinguidos. Lo cierto es que varias veces se han hallado despojos de cuerpos humanos, así como tambien grandes tesoros en ornamentos de oro y plata, lo mismo que utensilios de uso doméstico, en estos singulares monumentos de la antigüedad. Con respecto á los que teniamos delante, no recibímos mas noticia que la que nos dió el guia que llevabamos, quien en respuesta á nuestras preguntas, dijo que allí habian sido enterradas las gentes sin bautismo, y que no siendo buenos cristianos se habian ido á los infiernos. No podia darse un ca-

mino mas pesado ó ménos interesante que el que llevabamos hácia Supé. La fastidiosa y triste monotonía de la abrasadora arena solamente era variada por osamentas de los animales que habian perecido y de que la tierra estaba sembrada por todo el camino trillado. El sol del medio dia despedia sobre nosotros sus verticales rayos, miéntras un calor seco y sofocante brotaba del suelo: de modo que pudiera uno suponerse, como los marineros de Colon al acercarse á la linea equinoccial, imbuidos en la ignorancia de aquellos tiempos, que nos acercabamos á toda prisa á los confines del mundo inferior. A eso de las tres de la tarde cuando habiamos andado ya mas de veinte millas, descubrímos un valle pequeño junto á la playa del mar, y casi en el centro de él estaba el Pueblo de Supé y cuyo número de habitantes ascendia á cuatrocientos ó quinientos.

Aunque esta poblacion era mucho menor que Huaura, encontrámos mucha mas hospitalidad. Habiendo leido el Gobernador mi pasaporte de Huacho, me recibió afectuosamente en su casa, donde nos presentó á unos jóvenes amigos suyos que se habian juntado á comer. Ya la olla podri-

da y un cuarto de cordero asado estaban humeando en la mesa, de que con alta satisfaccion nuestra se nos invitó cordialmente á participar. La mesa era tosca sin carpeta ni mantel, los asientos eran escaños, y con tres cucharas y otros tantos cuchillos y tenedores comímos abundantemente diez personas sin mas inconveniente que el de á veces dar y recibir en cambio un cuchillo por un tenedor, ó un tenedor por una cuchara &ª, y aun yo no sé si esto deba llamarse un inconveniente, puesto que parecia contribuir al mismo tiempo á promover la sociabilidad y confianza de la compañía. Sin duda que muchas personas se habrian encontrado embarazadas, sentadas á la sociable mesa de mi obsequioso gobernador, pero en el ejercicio de mi profesion me he visto repetidas veces en lances, en que ha sido preciso ceñir mis necesidades á laś de otras gentes; y el inconveniente mas serio que yo sentí en esta ocasion fué el no estar bastante familiarizado con la etiqueta de la sociedad á que accidentalmente habia sido reunido. Mi buen patron pasó á la redonda su vino en mucha abundancia y con muchas chanzas alegres; la compañía parecia participar de su

buen natural, y despues de haber concluido, nos levantámos de la mesa con el mejor humor imajinable, y todos tan buenos amigos como si hiciera mucho tiempo que nos conociamos.

Las señoras me convidáron, así como á los demas de la compañía, á acompañarlas al corredor para fumar, y una de ellas sacó del seno una cigarrera, que alargó cortesmente á todos, y luego se sirvió ella misma con un cigarro. Ya el dia iba declinando cuando despues de darnos un recíproco adios, nos pusímos en camino para Barranca. Teniamos que andar tres leguas; el camino era semejante al que habiamos pasado por la mañana, pero el sol habia perdido su fuerza, y los amigos con quienes habiamos comido nos entretuviéron con humoradas y cuentos festivos para divertir el tiempo. Barranca está situada cerca de la embocadura de un pequeño y rápido rio que nace en los Andes; el valle es angosto y la villa no contiene mas que de quinientos á mil habitantes, á la que llegámos despues de puesto el sol.

El Gobernador mandó á un jóven oficial que nos dirijiese á casa de una señora anciana con encargo de que nos diese alojamiento por aquella

noche. No se me olvidará tan pronto la agonía que la pobre señora manifestó, prorumpiendo en lágrimas y lamentos, cuando le hiciéron saber la órden del Gobernador. Quejábase de esta injusticia diciendo que "no teniendo pan para ella misma, mal podia suministrárselo á los oficiales del Estado: que ademas de su mucha pobreza, era una mujer sola, y que era gran crueldad del Gobernador gravarla con cargas semejantes." Yo propuse al oficial el que volviese á ver al Gobernador, y le dijese que seria mejor mandarnos á otra casa, donde le fuese al inquilino ménos penoso el recibirnos, pero no condescendió á ello, diciendo que en cualquiera parte que el Gobernador nos mandase alojar, oiriamos las mismas quejas de pobreza desde el primero hasta el último habitante de Barranca.

Creyendo pues que la principal causa de la repugnancia á recibirnos nacia de la pobreza de los oficiales patriotas, que comunmente viajaban á costa de los pueblos, manifesté desde luego á la Señora que tenia medios é intencion de remunerar generosamente todo el trabajo y gasto que causasemos en su casa, cuyo discurso hizo el efecto

deseado y se prestó á recibirnos. Acostumbrada al grosero abuso que de su hospitalidad habian solido hacer los forasteros, y viendo que nuestro porte era diferente, presto olvidó aquella sujecion que habia esperado tener con nuestra compañía segun el modo con que fuímos presentados, y nos trató con toda la atencion debida á la amistad. El jóven oficial encargado de conducirnos, ya no fué considerado como un entremetido molesto: siendo de un genio sociable y estando contento con la novedad de sus recientes conocidos, no se dió mucha priesa á partir despues de haber cumplido con el importante encargo que se le habia confiado; ántes bien atribuyéndose el mérito de habernos procurado tan buen alojamiento, se hizo del remolon, pasando el rato en nuestra compañía y consintiendo en participar del rancho que nos preparó nuestra patrona del mejor modo que pudo. Esta casa que era grande y de escelentes habitaciones para aquel lugar, pertenecia á un realista que habia sido desterrado, despues de haberle despojado de todos los visibles medios con que poder sustentar su familia, desde cuyo tiempo solian las autoridades enviar alojados á su desdichada mujer.

para hacerla sentir mas el peso del triste cambio de su fortuna; género de castigo no pocas veces impuesto en el Perú á esta desgraciada clase de ciudadanos. A las 6 de la mañana siguiente, 7 de Junio, el Gobernador me envió una remuda de caballos con el guia que debia acompañarnos hasta Pativilca, habiendo hecho regresar al de Huacho con los bagajes que habiamos sacado de allí. Mis temores los ví realizados cuando llegáron á la puerta los animales, porque eran pintiparados á los primeros que nos presentáron en Huacho, y así es que con la misma prontitud que deseché aquellos, me negué á recibir estos. Despues acá he reflexionado, que mi proceder en aquellas ocasiones así como en otras que se me ofreciéron posteriormente, rayaba en temeridad, y todos los que no estén instruidos de la necesidad de semejante comportamiento, juzgarán que era una vana arrogancia. La experiencia, sin embargo, me enseñó que solo por tales medios podia haber proseguido mi viaje, sin verme espuesto á las mas serias dificultades.

El Gobernador de Barranca insistió al principio en que no habia otros caballos; pero despues de

alguna dilacion consiguió otros mejores, y ya bien entrada la mañana continuámos nuestro camino, deseándonos buen viaje nuestra patrona. Al partir de Barranca nos congratulámos sobre manera porque encontrámos que en lugar de atravesar los arenales de la costa, nuestro camino nos llevaba tierra adentro hácia la sierra. Deleitados con la idea de gozar pronto de los magníficos paisajes de los Andes, nos vímos reanimados de mas halagüeños pensamientos.

Habiendo cruzado el ancho y rápido rio de Barranca, proseguímos nuestro camino por un valle angosto flanqueado de ambos lados por un desierto undulante, del cual se levantaban distintamente aquí y allí enormes masas de peñascos negros y pardos. El valle mismo estaba la mayor parte inundado por las crecientes del rio, pero poca porcion de él estaba cultivada; estaba cubierto de caña brava y de desmedrados arbustos, que en muchas partes formaban una ensenada sobre nuestra estrecha senda.

A las once llegámos al pequeño pero lindo pueblo de Pativilca donde su anciano Gobernador nos recibió con la política y urbanidad que hubiéran

hecho honor al Gefe de una plaza mas importante. El empleo de Gobernador en estos pueblos pequeños no produce provecho alguno al que le ejerce, porque no tiene señalado sueldo ni emolumento alguno. Por el contrario, generalmente él incurre en el odio de la mayoría de sus conciudadanos, sobre quienes en las urgencias del Estado se ve en la necesidad de ejercer la mas despótica autoridad, no haciéndose aprecio de las leyes ni derechos individuales en medio del general aniquilamiento del pais. Constantemente estaban pasando oficiales del ejército en todas direcciones con pasaportes, en que se encargaba á los Gobernadores proporcionarles alojamiento, bagajes y demas auxilios necesarios, y no les quedaba á aquellos mas recurso que echar esta carga á los vecinos no pudiendo ellos hospedar á tantos por sí mismos. La necesidad de imponer estas cargas á todos, les acarreaba probablemente en poco tiempo el desapego de sus mejores amigos. Conferido el poco envidiable puesto, no habia remedio para el pobre Gobernador porque no eran admitidas las renuncias en aquel calamitoso periodo, y cualquiera negligencia en su desempeño le hacia sos-

pechoso de falta de patriotismo, y bien pronto le hacian sentir sus fatales consecuencias.

Don Jose Rojas, nuestro patron en Patavilca la echaba de patriota, y nos dijo que habia dedicado á la causa al único hijo que tenia. Miéntras que nos obsequiaba con un vaso de vino nada aventajado y un poco de carne de cabra, dispuso que nos trajesen una remuda de caballos y un nuevo guia para llevarnos á Huaracangá, donde nos resolvímos á pernoctar. A este efecto dejámos el valle, y seguímos el camino contiguo á él por el desierto y pais quebrado, subiendo mas las oleadas conforme ibamos avanzando hácia el interior.

Las peladas rocas que aquí y allí se elevaban formando un tosco contraste con el resto de aquella desigual playa iban siendo mas y mas altas, correspondiendo con la pendiente de toda la faz de la naturaleza conforme se aleja del Oceano. Uno de estos notables objetos nos inspiró un interes nada comun, al acercarnos á su base, conducidos por nuestro tortuoso camino. No siendo accesible mas que por un lado, presentaba por allí una inclinacion de treinta ó cuarenta grados, y muchos parapetos colocados uno sobre otro en ordenada

sucesion casi hasta la cima, la cual tenia una altura de algunos centenares de pies. Aquí fué donde los hijos del Sol hiciéron uno de sus mas terribles esfuerzos para sobrepujar á sus invencibles conquistadores.

A la vista de esta antigua fortaleza estaba uno de aquellos promontorios de que ya he hablado, donde recientes escavaciones habian puesto al descubierto infinidad de huesos humanos, y noté que muchos de los craneos conservaban casi entero el cabello. Tambien habia tirados por el suelo trapos de lana y algodon, y algunos de ellos todavía con los colores bien vivos, aunque probablemente habian estado soterrados allí por algunos siglos. Muchas cosas se encuentran en tales parajes en un estado marabilloso de conservacion; y entre otros notables descubrimientos que han hecho los curiosos ó avaros, se halló una bandera de los Incas, que fué regalada al General Bolívar. No habiamos caminado todo el dia sino paso á paso con nuestros laceriosos caballos, y sin embargo se rindiéron poco ántes de llegar á Huaracanga. Si hubieran podido proseguir, no nos habria impedido la proximidad de la noche el pasar adelante, por-

que tal era de miserable y desastrada la apariencia del lugar.

El pueblo se componia de una docena de chozas hechas de cañas: el Alcalde primero que estaba al frente de los negocios, así como el resto de los habitantes eran indios, sumamente pobres y desaseados. Aquí y á alguna distancia mas abajo se habian internado las rocas y montañas en el valle, reduciéndole á un espacio estrecho sobre las orillas del rápido raudal que impetuoso le ladeaba sobre su profundo roido lecho, y en cuyas riberas solamente parecia existir el principio de la vejetacion. Ningunas señales de animacion encontraba la vista, mas que los zafios habitantes, que al parecer nos miraban con silenciosa apatía, al paso que el perfil de los Andes que ya se nos presentaba en alto relieve, era el único objeto, que el fatigado caminante podia mirar sin disgusto y sin desmayo del corazon. Solamente habiamos tomado alimento una vez en todo el dia, y puede imajinarse nuestro desaliento, cuando despues de haber prometido al Alcalde remunerarle con liberalidad si nos trataba bien, solo nos pusiéron delante unas raices cocidas de cazabe. Aunque

en buena salud y con vivas apetencias, apénas podiamos sin embargo tragar tan frugal vianda; pero despues de pedir en vano carne y pan, tuvímos que someternos á la necesidad del mejor modo que pudímos. El Alcalde no tenia ni cama, ni mesa, ni asientos de ninguna especie, y los únicos muebles que habia, eran dos utensilios de hierro para cocinar y dos petates que se tendiéron en el suelo para dormir. Si nuestro desolado lugar de descanso ofrecia á nuestra observacion tan pocos signos de vida animal, no nos sucedió así cuando habiamos entregado nuestros miembros al reposo, y así es que por la mañana nos levantámos estropeados, aunque con el regocijo de ver la cara á un nuevo dia. El Alcalde cumplió su palabra de tenernos listos los caballos de madrugada, pero estaban flaquísimos; y pocas esperanzas nos quedaban de que pudiesen aguantar con nosotros hasta Gulcan que era la poblacion mas cercana en el camino. Fatigados, medio muertos de hambre y con presentimientos de pasarlo todavía peor, partímos con felicidad, armados de una buena dósis de fortaleza.

Ni una hoja de arbusto, ni una hebra de yerba

se alcanzó á ver en toda la tierra que anduvímos desde Huaracanga á Gulcan. La pendiente del camino se aumentaba; y los cerros de arena y peñas habian pasado á ser montañas. A pocas millas de nosotros, y al parecer á nuestros pies se elevaban sierras sobre sierras al principio con algunos intervalos por los cuales iba dando vueltas nuestra tortuosa senda hasta perderse en ellas; pero á lo léjos parecian consolidarse en una masa que terminando en las nubes presentaba una barrera que claro indicaba burlarse de todos los esfuerzos humanos para atravesarla. El rio se habia hundido dentro de una profunda barranca desde la cual apénas podia alcanzar á nuestros oidos el ruido de su bulliciosa corriente, cuando descendiendo una pelada montaña, llegámos á un llano cultivado como de una milla en circunferencia, y desmontámos á la puerta del Gobernador del pequeño pueblo de Gulcan. Un indio anciano y de aspecto grave á quien pregunté por aquel majistrado, me respondió ser él el mismo á quien buscaba. Entónces presentándole mi pasaporte, le dije "Señor Gobernador, yo necesito de comer, caballos y un guia." "Señor" me respondió él

con la misma brevedad, "ni hai que comer ni bestias." Sin provisiones con que mantenernos allí, ni caballos para conducirnos á algun paraje mas favorecido, no habia mas que ó desesperarse uno, ó hacer un arrojado esfuerzo por la conservacion propia. Creyendo que el Gobernador no habia leido el pasaporte, y teniendo algunas dudas sobre su habilidad de hacerlo, se le presenté segunda vez, y como no tenia otro medio de aliviar nuestra crítica situacion, adopté un tono y maneras que pudieran intimidarle, si no dudaba de su validez. En consecuencia le exijí al momento, que nos suministrase comida y caballos, amenazándole con la terrible venganza del LIBERTADOR por cada momento de tardanza innecesaria; y para que el temor del castigo fuese avivado con la esperanza del premio, le ofrecí recompensarle bien por su pronto cumplimiento. El Gobernador cediendo á su timidez y á la voz de los deberes de su destino, de repente se acordó que tenia caballos del Estado á su disposicion, y que habia cabras paciendo por el llano, que no podiamos ménos de haber visto nosotros.

Pasadas unas pocas horas, tuvímos á nuestra

disposicion la remuda de guia y caballos, como así tambien los medios de embotar los aguijones del hambre. Sin embargo no pudímos conseguir pan, y la enfática respuesta de "no hai," nos fué dada todas las veces que lo pedímos. Al despedirnos del Gobernador, conocímos su delicadeza en la observancia del punto de honor, ó por lo ménos de su temor de ofender á las autoridades supremas, caso que se quiera dar una maliciosa interpretacion á su conducta.

Yo le puse en la mano algunas monedas como en pago de lo que me habia franquedo, las cuales al principio no tuvo inconveniente en recibir, pero habiendo consultado el punto con el Alcalde, con quien tuvo una discusion de algunos minutos, se vino á mí sobresaltado diciendo, que ni le era permitido ni propio de su empleo como Gobernador de Gulcan, el recibir el dinero. Es de saber que tampoco dió este paso por mera forma, porque insistió con obstinada porfía en volverme el dinero, hasta que yo monté en mi caballo y por la última vez le dije "adios."

No me hallé poco perplejo en mis conjeturas sobre la pertinacia singular del anciano indio. Si

yo no hubiera recibido mas que los caballos, que realmente pertenecian al Gobierno, ó si el empleo le diese con que vivir, el asunto estaba bien claro; pero que un indio Gobernador, cuya autoridad se estendia solo á los habitantes de media docena de miserables ranchos, donde la gente estaba muerta de hambre, se negase á aceptar una suma de dinero que hubiera tentado la codicia de muchos en mas alto puesto, se me hacia á mí á la verdad bien estraño.

Nuestras reflexiones no fuéron interrumpidas por la velocidad de nuestra marcha, porque ademas de lo empinado del camino por donde ibamos subiendo montaña sobre montaña, nuestros caballos eran como todos los que nos habian dado en el viaje—tan flacos y maltratados, que en el llano mas hermoso, la mejor espuela no los hubiera podido sacar de su cansado paso. Pudiérase decir no obstante con un caballero, cuya jovial imajinacion traigo siempre á la memoria con los mas agradables recuerdos de paisanaje, "*aunque andaban despacio, iban á priesa!*" No hago mas que pagar un justo homenaje á su carácter condescendiente, presumiendo que me perdonará la actual

aplicacion de esta prestada frase si alguna vez llega él á echarle la vista encima.

En esto ibamos subiendo los Andes, y empezaba á aparecerse una escasa vejetacion en algunas de las laderas por donde pasabamos. Nuestro camino á veces se acercaba al curso del rio, viéndose à ocasiones confusamente correr con furia desde arriba, donde las vertientes habian formado algun horroroso precipicio. Ya el sol se habia ocultado detras de las montañas algunas horas hacia, y las sombras de la noche empezaban á cubrir la tierra, cuando á espaldas de una enorme montaña que se elevaba perpendicularmente sobre nuestras cabezas, descubrímos una hermosa y romántica cañada que ostentaba la lozanía de su vejetacion; este era el pueblo de Chancallan. Aquí hallámos á un cura, único hombre blanco que habiamos visto desde que salímos de Pativilca. El lugar no tenia arriba de una docena de habitantes, y salvo el cura, todos eran indios. Una porcion de guayabos y naranjos habian crecido allí hasta un tamaño grande, y su sazonada y deliciosa fruta estaba caida por el suelo en abundancia. El Gobernador, jóven de mas despejo y

mejor índole que cuantos habiamos encontrado en ninguna otra parte por algun tiempo, nos recibió bondadosamente en su choza que se reducia á sola una pieza sin ningun mueble. Cuando le pedímos guia y caballos no nos contestó con la acostumbrada frase de "no hai bestias," con cuya respuesta nos habiamos familarizado tanto, que ya la esperabamos como cosa de cajon; y léjos de poner dificultades en suministrarnos de cenar, nos convidó urbanamente á participar de caldo y cazabe así que se pudo preparar, pidiendo escusas á su modo, porque la pobreza no le permitia tratarnos con mas esplendidez.

Un cuero tendido sobre una tarima cuadrada sirvió de mesa, el caldo fué servido en una hortera de madera, y dos cucharas de cuerno fuéron los vehículos que lo trasplantáron á nuestro traspillado estómago. Nuestro dormitorio correspondia en todo á lo demas del trato; una barraca de cañas que habian empezado á construir se nos designó al efecto, tendímos las camas en el suelo como lo habiamos acostumbrado desde el principio de nuestro viaje con las sillas de montar por almoadas. Cualquiera pensaria que ibamos á ceder presto al suave

influjo de aquel sueño refrijerante que embalsama los cansados miembros del viajero en su duro lecho: y esto era lo ménos que nosotros nos prometiamos. La barraca no tenia techo todavía, y la redonda luna en todo su lleno discurria por el raso azulado firmamento, ostentando un esplendor sin igual, y en una atmósfera como la de las montuosas rejiones del Perú, y hallándose cerca de su cenit, nuestra alcoba estaba iluminada con un copioso raudal de plateada luz.

Irritados é inquietos de fatiga y de la fuerza del sol, en vano habiamos cerrado los ojos y procurado conciliar el sueño, cuando á media noche las pisadas de caballos y la aproximacion de varios indios, nos hiciéron levantar de nuestras camas. Vijilantes siempre contra cualquiera intento de robarnos que nos habian hecho creer era mucho de temerse, el guia pareció atónito cuando al entrar nos vió en pie y con las pistolas amartilladas para recibirle. El nos informó en pocas palabras, que viéndose el Gobernador en la necesidad de marchar á negocios públicos, habia hecho traer nuestras mulas, para poder despacharnos ántes de su partida. La hora inoportuna y la improbable escusa del Gobernador

con otras circunstancias de desconfianza nos hiciéron creer que se meditaba algo en daño nuestro. Los guias habian corrido la voz de que yo pagaba liberalmente por todo, cosa estraña en un pasajero en aquellos tiempos; y sabiendo que llevaba conmigo una suma de dinero que pudiera tentar la codicia de la gente pobre que me hospedaba y enseñaba el camino, no hubiera tenido nada de raro una intentona como la que yo me temia. Bien armados sin embargo como estabamos, no nos asustaba un encuentro en regla, y habiendo registrado cuidadosamente las pistolas en presencia del Gobernador y de sus amigos, montámos y nos despedímos de un modo que bien le dímos á entender, que ibamos prevenidos contra cualquier lance; pero ó el Gobernador mudó de ánimo, ó nuestras sospechas fuéron injustas, porque proseguímos nuestro camino sin ser molestados.

Ya en este tiempo nos hallabamos en medio de los Andes. Enormes montañas se encumbraban en torno de nosotros en rústica sublimidad. Nuestro camino en muchas partes no daba paso á dos caballos con seguridad, y no obstante de un lado no habia mas que rocas perpendiculares en ingen-

tes masas, y del otro un espantoso precipicio que al mirarle se le desvanecia á uno la cabeza. Allá en el fondo de este derrumbadero horroroso se dejaba ver á veces el rio Barranca al vislumbre de los rayos de la luna reverberados por las aguas que á borbollones corrian como enfurecidas por el choque contra su pedregoso lecho. Los dos dias anteriores habiamos tenido buena necesidad de precaucion en muchos parajes que habiamos pasado, pero el peligro fué momentaneo y de un carácter comun; este era diferente, pues duraba por muchas leguas sin intermision y nos advertia constantemente, que un paso falso de la mula precipitaria al pobre jinete á la eternidad haciéndole mil pedazos. Aunque las mulas son proverbialmente seguras de pies, nuestro cuidado era incesante, y como el medio mas seguro contra el peligro de una caida, nos echámos hácia el lado opuesto del camino para en caso de que la mula tropezase como podia suceder.

Habiamos ya pasado con todo eso sin novedad por muchos empinados y dificultosos despeñaderos, cuando un poco despues de amanecer y no léjos de Marca, se nos presentó una laja lisa y pendiente

que cruzaba enteramente nuestra senda. El guia y mi compañero pasáron uno despues de otro sin novedad, pero quiso mi mala suerte que resbalase mi mula y cayese de costado. Por fortuna mia no me faltó presencia de ánimo para poner en efecto mi predeterminacion, y así me dejé ir fuera de la laja, zafándome bonitamente de la mula sin mayor rozadura ó daño de gravedad. Cuando no tenia ya que temer por la persona, me asaltáron los mas vivos recelos por la seguridad de la mula, silla, freno, pistolas y fundas, que era de temerse se perdiese todo al probar á levantarse la bestia; de cuyo penoso cuidado me sacó mui pronto el ver al pobre animal ponerse en pie, guardando un perfecto equilibrio sin inclinarse un paso hácia el precipicio, como advertida por instinto del peligro á que estaba espuesta.

Pocas horas despues llegámos á Marca, última poblacion de este lado de los Andes, y nuestro único lugar de descanso hasta descender de la otra parte de la Sierra. Aquí encontrámos una villa con cosa de mil á dos mil indios que vivian en chozas de caña embarradas sin adorno de la menor apariencia de pulidez. Los habitantes eran mui

morenos, llevaban el pelo en largas guedejas trenzadas, y mostraban en su aspecto mas de aquella salvaje fiereza que lo que es comun entre los dóciles y cariñosos aborígenes del Perú. Al Norte, Sur y Occidente de Marca se elevan las montañas en un ángulo agudo á una grande altura, bien cubiertas de herbaje, y algunas habitaciones aquí y allí diseminadas.

En todas aquellas laderas se veian paciendo animales domésticos, y los que estaban junto á la cumbre se nos hacian tan diminutos, que un caballo no parecia mayor que un perro. Tornando luego nuestra vista hácia el Oriente, sentímos un singular placer, porque caminando en direccion del rio y al principio por un paso estrecho, mirámos á las cimas de las montañas que descendian de una en otra con la mas ordenada gradacion, hasta que allá léjos, mui léjos, se detuvo la vista sobre un ancho espacio de atmósfera espesa con superficie lisa y brillante, ilumidada por los primeros rayos de la aurora, y que á aquella distancia parecia el descubierto seno de un inmenso lago. Mi compañero al instante esclamó que veia el Oceano, y era la ilusion tal, que no se disipáron nuestras dudas

hasta que todo el resplandor del dia hirió de lleno en las montañas, y la neblina dejó ver las cosas en su verdadero aspecto. De buena gana hubieramos descansado un rato en Marca, pero nuestros quebrantados y casi exhaustos miembros se viéron aguijoneados á sacar fuerzas de flaqueza, por el disgusto de ver el sucio y miserable interior de la casa del Gobernador. Por consiguiente tuvímos que contentarnos con tomar un corto resuello sentados ó recostados, miéntras nos diéron mulas de refresco para pasar las contiguas montañas.

Aquí encontrámos abundancia de pan, y los habitantes estaban bien provistos de todas las cosas necesarias de la vida. Sin embargo no parecian estar mas que medio civilizados; y una gran porcion de ellos no hablaban el castellano. El Gobernador era blanco, un político farandulero, y á lo que pude colegir de su charla y apariencia, era mui propio para aquellos tiempos: él anduvo no obstante harto listo en facilitarnos los auxilios que le pedímos, y sin pasarse mucho tiempo nos puso en estado de proseguir nuestra jornada. Las montañas estaban aquí verdes por la yerba y escaso follaje de desmedradas matas. De entre las rocas

se asomaban flores lindas y olorosas, que en agradable variedad contrastaban con el sombrío tinte que en general tenian las escenas en contorno.

Mirando al rededor de nosotros algunas veces nos encontrabamos en medio de un círculo de altas montañas, donde no se percibia el camino á veinte pasos adelante ni atras, el cual estaba tan poco trillado que solo le pudiera seguir el ojo práctico del guia. Allí se veia el condor, muchos de ellos posados en algun peñasco sobresaliente ó cortando el aire majestuosamente en torno de los picos escondidos en las nubes. Por la tardecita llegámos cerca de la cumbre de la cordillera, y por una distancia considerable caminámos por una loma de suave ascenso. Allí vímos por primera vez la vicuña, animal que se parece mucho á la oveja, con lana de gran finura y de color rojizo. Muchísimas habia desparramadas por aquellos llanos y laderas en manadas desde cinco á diez cada una, y cuando acontecia estar cerca de nuestro paso, casí nunca se retiraban al acercarnos. Conforme nos aproximabamos á la Punta, observámos que aunque la estacion del calor estaba tan avanzada, algunos lunares de nieve y hielo habian reempla-

zado á las flores y herbaje que dejabamos atras, y que las escenas de primavera que habiamos visto por la mañana y al medio dia, se habian convertido en el mustio ceño del invierno.

El sol, despejado de nubes, iba ya hundiéndose en el horizonte occidental, cuando llegámos á la Punta, ó pico mas alto de la negra cordillera. Aquí nos asaltó de repente una escena propia para llenar de asombro y deleite á la enajenada imajinacion. Un valle de algunos millares de pies de profundidad y una ó dos leguas de ancho, mediaba entre nosotros y los siempre nevados Andes. En frente de nosotros, á derecha é izquierda hasta donde podia alcanzar la vista, todo era masas de enormes montañas, que reflejaban los últimos rayos del sol que se iba sepultando. No hai palabras con que describir, ni imajinacion que pueda concebir la magnificencia y esplendor de este hermoso é interminable espectáculo. Yo no puedo espresar mis afectos predominantes á la sazon de ningun modo mejor que diciendo con el poeta, "*levanté la vista desde la naturaleza á la naturaleza de Dios.*" Una ajigantada ciudad tachonada de torres de pulimentada plata y de cúpulas de

bruñido oro, daria una pequeña idea del grande y reluciente esplendor de los Andes conforme nos pareciéron á nosotros desde la Punta. La vista vagaba desde el alumbrado pico hasta los profundos valles, donde caian de soslayo los rayos del sol, y solo se veia la nieve por entre la espesa sombra de las montañas; y de allí tornaba á mirar otros picos y luego otros valles en infinita variedad.

Nosotros sentímos aquí lo que todos los pasajeros esperimentan, un fuerte dolor de cabeza y gran dificultad en la respiracion; y se vió tan afectado mi compañero Mr. H. que cualquiera alternativa parecia preferible á continuar el camino, aunque era poco ménos que locura pensar en otra cosa, miéntras nos quedaban los medios de hacerlo así. Poca mudanza se observó del dia á la noche, escepto que arreciaba mas el frio. Las nieves de la cordillera despedian un brillo mas pálido, arrojando en torno de nosotros los reflejados rayos de una luna llena, y comunicándonos una luz capaz de hacernos percibir los mas pequeños objetos. En medio de esto, descubrímos que si la luna se hubiera oscurecido ó fuese ménos brillante, habria

sido imposible, aun con la esperiencia de nuestro guia, el descender hasta por la mañana, porque por gran parte del camino no habia rastro alguno sobre aquellas duras rocas de pedernal de ninguno que nos hubiese precedido. Despues de haber gastado algunas horas en bajar, arreando nuestras mulas cuanto era posible, se agravó tanto el mal de Mr. H., que temí se cayese de la silla, y ansioso por saber de algun paraje habitado para descansar, dirijí la palabra al guia por primera vez, pero él no me respondió: le repito la misma pregunta, y él guarda el mismo porfiado silencio. Impaciente con la fatiga del camino, y enfadado de la que yo creí ser insolencia suya, prorrumpí en amenazas en vez de preguntas, y por la confusion y habla ininteligible del pobre hombre me desengañé de que no sabia el castellano. En tan críticas circunstancias, el único consuelo que podia dar á Mr. H. era exhortarle á que llevase con fortaleza sus padecimientos, y sobrellevando varonilmente sus dolores y quebrantamiento, llegámos despues de media noche á Aracuai, villa de indios á la falda de la Cordillera. Una torre de iglesia salia casi del centro de aquella poblacion de

adobes, la que segun lo grande que parecia, podria contener cosa de dos mil habitantes.

Nuestro guia nos condujo por unas calles estrechas á la casa del Cura, donde despues de haber llamado por largo tiempo, habló con un soldado en su idioma nativo, y luego le seguímos á casa del Gobernador. En medio del cuarto donde fuímos admitidos habia una mesa tosca, y á la luz de un agitado tizon, vímos una porcion de oficiales y otros viajantes acostados en el suelo con las sillas de montar por almoadas. A nosotros nos habian repugnado el desaseo, miseria y hábitos brutales de la gente, pero si acaso nos quedaba aun este sentido, estaba ya tan embotado por la repeticion de las mismas escenas, que no tuvímos mayor reparo en tendernos al lado de algunos de lôs dormidos viajantes, y pronto se apoderó de nosotros un sueño profundo y corroborante. Ya era mucho despues que el sol habia esparcido sus oblicuos rayos sobre las cordilleras cuando despertámos, echando de ver que todos los compañeros de dormitorio se habian marchado, y que nuestra dura cama era un pasadizo comun, por donde guias y soldados iban y venian sin ceremo-

nia por encima de nosotros con sus sillas y arneses.

Aquí fué donde por primera vez nos diéron razon cierta del cuartel general de Bolívar, quien se hallaba en Huaras, dos leguas solamente de Arecuai. Ya era medio dia cuando nos facilitáron caballos, y luego salímos caminando por la falda de las cordilleras como á una legua de la nieve. Bien arriba de las colinas y cerros que nos rodeaban, habia ricos campos de caña de azúcar, maiz, trigo y cebada. Parajes habia cultivados que parecian inaccesibles y prometian una abundante cosecha: y árboles de guayabas, chirimoyas, naranjas y limones formaban espesos bosques al rededor de las embarradas chozas de los habitantes. Aunque la distancia de Arecuai á Huaras no era mas que de seis millas, nosotros tardámos cinço horas en rendirlas.

Como á las seis de la tarde entrámos en la ciudad, y nos dirijiéron á casa del prefecto. Aquí todo llevaba un aspecto totalmente diverso de todos los parajes que habiamos visto anteriormente. Muchas de las casas eran grandes y elegantes, las calles anchas y bien empedradas, y

los oficiales y soldados pasaban acá y allá con el aire marcial de su profesion. El prefecto era un coronel, y así que le informé de mi comision, dió órden á un ayudante para que me buscase alojamiento, y á otro para acompañarme á casa del LIBERTADOR. Con una barba que no habia tocado la navaja desde el principio de mi viaje, y con un vestido entrapado del polvo y suciedad que habia cojido por el camino, no podia yo desear ser presentado á S. E. hasta asearme y mudarme de limpio, lo cual hice presente al prefecto. Claro está que en este punto debia él convenir con mi parecer, pero despues de haberlo pensado un poco me indicó que eran tales las instrucciones que tenia del LIBERTADOR, que no podia tomar sobre sí la responsabilidad de semejante dilacion. Yo accedí de mala gana y me despedí de él, saliendo en compañía del oficial, quien me condujo al alojamiento del LIBERTADOR.

A poco de haber andado, entrámos en un gran patio, donde estaba la guardia: el oficial de ella, capitan ó teniente, era un mulato atezado, y varios de los soldados pertenecian á la misma raza mixta. Habiendo pasado el recado de mi llegada, bien

pronto me hallé en una situacion, que fué menester llamar toda mi firmeza en mi socorro. Yo fuí introducido á un gran salon donde el Jeneral Bolívar estaba sentado á comer con cuarenta ó cincuenta de sus oficiales vestidos de hermosos uniformes, y como me diéron á conocer por oficial de Marina de los Estados Unidos, S. E. se levantó de la mesa, me dió cordialmente la mano y me hizo sentar á su lado. Me convidó á comer, pero luego me dispensó cuando me escusé de hacerlo. "Yo presumo" dijo él "que V. no habrá tenido mucho vino por el camino que ha traido, y así espero no se negará á tomar un vaso de champaña."

Luego me hizo algunas preguntas sobre mi viaje, habló libremente sobre varios asuntos, invitó á los oficiales á llenar los vasos, y me introdujo con ellos brindando á mi salud con una copa. Su cordialidad, su franqueza y cortesía exenta de toda ceremonia, me disipáron enteramente la cortedad que sentí al principio de mi presentacion. El continuó hablando sin cesar y con viveza hasta que se acabó la comida que fué poco despues de mi llegada. No queriendo sin duda continuar por

mas tiempo en los placeres de la mesa, guardó silencio, y levantándose de su asiento, los oficiales se despidiéron al instante. Despues de haberse retirado la compañía, le pregunté si queria S. E. recibir los despachos de que habia tenido la honra de ser el portador, ó si se los entregaria al dia siguiente; á lo que me respondió. "Ahora los recibiré y los examinaré inmediatamente, y cuanto ántes me sea posible despacharé la contestacion, para que V. se la lleve á su comandante." En seguida se escusó con migo por no poder hospedarme consigo por cuanto no habia un cuarto desocupado en la casa; y llamando al capitan Wilson, uno de sus edecanes, le encargó de buscar un alojamiento cómodo para mí y mi compañero en la casa de algun ciudadano. "V. debe venir," añadió él dirijiéndose á mí, "á almorzar mañana con migo y á comer á mi mesa miéntras permanezca V. en Huaras." El capitan Wilson y yo nos encontrámos con el ayudante encargado por el prefecto de buscarnos alojamiento, y él nos condujo á casa de Don Manuel Sal y Rosa, uno de los alcaldes de la ciudad. Este caballero no estaba en casa, y su mujer como de costumbre nos empezó á llorar lástimas,

siempre con la cantinela de la mucha pobreza. El oficial peruano trató de ridícula su escusa, llamando su atencion sobre la apariencia de cuanto habia en la casa que indicaba disfrutar sus dueños de conveniencias; y yo no sé en que hubiera parado todo, si la llegada oportuna de Don Manuel no hubiera puesto fin á la controversia diciendo que su casa con cuanto habia en ella estaba á nuestro servicio. La impresion favorable que este caballeroso proceder hizo en mi ánimo en esta ocasion, fué plenamente corroborado por la cortesanía y atencion con que nos trató despues, y todavía en mis lisonjeros recuerdos le cuento entre el número de aquellos hombres, con quienes me ha hecho encontrar la buena suerte, y cuyas altas prendas los han distinguido de la masa comun del linaje humano.

La Señora Sal y Rosa, como buena esposa, siguió bien pronto el ejemplo de su marido, luego que observó que él tenia gusto en obsequiarnos. Se tomó el trabajo de disculparse con nosotros por haber puesto reparo en recibirnos al principio contándonos algunos de los infinitos casos, en que habian abusado sin motivo de su patriotismo y hos-

pitalidad. En suma yo era tratado con tanto agrado que me gustó mas almorzar en la buena sociedad de mi patron que asistir de ceremonia á la mesa del LIBERTADOR, cuyo convite en términos generales miraba yo como un cumplimiento, de que podia aprovecharme como mejor se adaptase á mi gusto y conveniencia; y luego tuve una gran mortificacion al saber que habia estado esperando por mí hasta bien tarde. A las once pasé á su alojamiento en compañía del General Miller, ingles, que con su afabilidad y caballeresca valentía granjeaba el aprecio y admiracion de todos los que le conocian. El LIBERTADOR salió á recibirnos á la puerta, me dió la queja por no haber ido á almorzar con él, y nos llevó á su despacho, donde nos hizo sentar. Entónces dirijiéndose al General con gravedad, le vituperó el no haberse reunido todavía á su division que estaba ya mui avanzada; le habló de la necesidad de hacerlo así con la mayor posible brevedad, y se estendió por algunos minutos en un torrente de elocuencia, mui notable por el doble sentido que envolvia de consejo y reprension, pero al mismo tiempo con la delicadeza que el pundonor del

General exijia de todos sin exceptuar al General en Jefe.

Luego que se retiró el General Miller, el LIBERTADOR entró en conversacion con migo sobre las quejas dadas contra el Almirante peruano. El desaprobó el proceder de aquel marino, dijo que no habia seguido sus instrucciones, que iba á mandarle otras nuevas con migo, y que si no las observaba desatendiendo el derecho de gentes, él haria que fuese castigado. El habló en términos mui honoríficos de la tolerancia y moderacion que distinguia la conducta conciliadora que habia seguido el Comodoro Hull, concluyendo con la claúsula, de que no se debia esperar ménos de un oficial que habia dado tantos dias de gloria á su patria.

Yo me levanté para despedirme, pero me detuvo él, diciendo que no tardaria en estar lista la comida. De la conversacion sobre el Almirante peruano pasó á hablar del estado político de la Europa con relacion á las nuevas repúblicas de América. Debe tenerse presente que poco ántes de aquella época, muchos en este pais así como en Inglaterra tenian recelos, de que algunos miem-

bros de la Santa Alianza se unirian á España para hacer volver á la obediencia á los súbditos que esta habia tenido en el continente americano. El General Bolívar trató sobre esto en el discurso de sus reflexiones, pero dijo que él tenia seguridades tanto de Francia como de Rusia, de que estas naciones no intervendrian en la independencia de la América Española. El habló de los sacrificios y padecimientos de Colombia en la causa de la libertad, tocando por incidencia el punto de la generosa simpatía que habian siempre encontrado en el pueblo de los Estados Unidos; y dijo que era natural que deseasemos buen suceso á los nuevos Estados de América, habiendo pasado nosotros por la misma prueba: que su causa era la de la libertad en todas partes del mundo: que Francia y Rusia no podrian hacer la guerra á las nuevas repúblicas de América sin ser contrariadas por Inglaterra y los Estados Unidos, lo cual no ignoraban aquellas naciones, y que ademas de eso, no se les ocultaba á ellas el resultado de esponer á sus súbditos al contajioso ejemplo que presenta un pueblo libre peleando por la libertad contra sus tiranos. "Francia," añadió,

" no ha olvidado todavía su revolucion, que si no " ocasionada, á lo ménos fué acelerada por los " principios liberales de que se habian imbuido las " tropas mandadas á auxiliar al pueblo de los Es- " tados Unidos en su revolucion con el roce de " aquellas gentes." De esta manera prosiguió hablando con rapidez sin casi ninguna interrupcion clavados los ojos en el suelo.

Yo guardaba silencio y le escuchaba como es de suponerse con vivo interes: ya no sentia ningun embarazo en su presencia; sus modales eran los mas propios para desvanecer cualquiera impresion de esta clase, porque aunque yo no era á su lado sino un sujeto humilde, y él el hombre mas distinguido de los que entónces vivian, nuestra posicion relativa era bien entendida de ambos y debidamente apreciada.

A las cuatro y media avisáron que estaba dispuesta la comida; un gran número de oficiales se reuniéron en el salon, todos saludáron al LIBERTADOR así que se presentó, y poniéndome este GRANDE HOMBRE á su derecha y á Mr. H. á la izquierda, los demas se fuéron sentando á la mesa, la que fué servida del modo mas llano posi-

ble. Toda la mañana habia mostrado el LIBERTADOR un semblante grave y pensativo, que hasta tocaba en melancólico; pero desde el momento en que se sentó á la cabecera de la mesa, rodeado de oficiales de su ejército, pareció otro enteramente. Todo aquel gesto sombrío desapareció de sus facciones, sus ojos centelleaban de vivacidad, dirijiéndose de uno en otro á todos los convidados con un torrente de dichos agudos y chanzas lijeras, y difundiendo en los ánimos tanto buen humor y encanto, que embelesados los ojos de todos estaban fijos en él con extático deleite. Al veterano coronel Sands, irlandes, que con su larga carrera y señalados servicios en Colombia se habia granjeado un lugar distinguido en el aprecio del LIBERTADOR, y que habia llegado la víspera á la cabeza del rejimiento de los Rifles, le habló de sus anteriores campañas, y le preguntó si en los llanos de Jauja (donde se esperaba tener dentro de breves dias un encuentro con los españoles) podria su bizarro rejimiento mantener la gloria que habia adquirido en tantas y tan reñidas batallas.

El coronel que era tan notado por su modestia

como por su intrepidez, se sonrojó al responder en la afirmativa.

El LIBERTADOR entónces dirijiéndose á la compañía relató una porcion de brillantes hazañas ejecutadas por el rejimiento y por individuos que servian en él. Del coronel Sands y los Rifles, pasó con una gracia que le era peculiar, á hacer el elojio de otros rejimientos y divisiones del ejército colombiano en que algunos de los oficiales presentes habian adquirido reputacion.

Dijo, que ni en la historia antigua ni en la moderna podian hallarse ejemplos mas brillantes de patriótico denuedo ni de heroismo individual, que los que presentaban los anales de la revolucion de Colombia. En confirmacion de ello siguió contando con clara prolijidad la noble conducta de algunos de los mártires de la libertad, á quienes habia conocido personalmente, ó cuyos esfuerzos estuviéron en consonancia con los suyos en la gran lucha de la emancipacion. Lo que me sorprendió sobre manera, fué el oir las comparaciones que hizo, cuando pasó de Colombia á hablar del Perú. Condenó a los peruanos en términos generales: dijo que eran unos cobardes, y que como pueblo

no poseian una sola virtud varonil. En suma, sus denuestos fuéron ásperos y sin reserva. A mí desde luego me pareció, que aunque fuesen justas sus observaciones, eran impolíticas, extemporaneas, y capaces de perjudicarle seriamente en el afecto de las gentes de aquel pais, al paso que era imposible que en ningun caso produjesen provecho alguno. Luego me dijéron que siempre solia hablar así de los peruanos, y á esto creo que debe con razon atribuirse, el que aquellos habitantes no mostrasen mayor gratitud hácia los colombianos por el fraternal socorro que les diéron para arrojar á los españoles de su pais. La comida se sirvió segun la costumbre española, en diferentes entradas, y así es que se cubrió la mesa lo ménos siete ú ocho ocasiones.

El LIBERTADOR comió con ganas, y creo que le hubiéron de mudar plato una docena de veces en la comida. Tambien bebió francamente del vino, y animaba á los comensales á hacer lo mismo. Echó varios bríndis, algunos de los cuales se recibiéron con aclamacion. Entre los que propuso para cumplimentar á mi patria, uno fué á la memoria de Washington, con cuyo motivo be-

bímos nuestras copas levantados en pie: y otro fué el siguiente que escrito de su propio puño ántes de salir de Huaras conseguí de su secretario, y decia así: "Por el nuevo Presidente de los Estados Unidos el Señor Clay, (*) el mas liberal y amigo de la América independiente. El Comodoro Hull que tan noblemente se maneja en el Mar Pacífico, y tanto se acuerda con el Comodoro Brown en la defensa de la Lei de las naciones con respecto á los derechos marítimos."

Ya se debe suponer que yo no podria oir tantos cumplidos y tantas espresiones de afecto á mi nacion sin un deseo vehemente de retornar mis obsequios. Habiéndoseme pues presentado la oportunidad, la abracé con mucho gusto; y desempeñé mi deber en los términos que me parecieron estar á la sazon en harmonía con los deseos generales, brindando "por el buen suceso del ejército libertador del Perú y del WASHINGTON DEL SUR—que la gloria no los desampare nunca:"

---

* *Le habia llegado á Bolívar una noticia de que Mr. Clay habia sido elejido Presidente de los Estados Unidos.*

cuya expresion fué recibida con altos y repetidos vivas.

En medio de la comida se encaró á mí el LIBERTADOR diciendo: "mis enemigos me calumnian muchísimo, y entre otras falsedades "dicen que yo uso cubiertos de oro: y enseñándome el cuchillo que estaba usando á la sazon, "que era bien ordinario y estaba bastante desgastado, añadió sonriéndose ¿tiene esto traza de "oro? Dicen que quiero fundar un imperio en el "Perú ó agregar el Perú á Colombia, para establecer un gobierno absoluto poniéndome yo á la "cabeza, pero todo es falso y me hacen un grande "agravio. Si el corazon no me engaña (esto lo "dijo llevando la mano al pecho) mas bien seguiré los pasos de Washington y preferiré tener "una muerte como la suya, que ser monarca de "toda la tierra, y esto lo saben bien todos los que "me conocen. Mi única ambicion es la gloria de "Colombia y ver á mi patria colocada en la linea "de las naciones ilustradas."

Sin tener la presuncion de que mi parecer sea de mucho peso para con aquellos que han formado su opinion sobre las deducciones sacadas del último

desgraciado periodo de la vida del General Bolívar, me creo sin embargo con derecho á alcanzar la gracia de que se me disimule esta digresion para espresar mi firme creencia, de que no solo hablaba entónces con sinceridad, sino que nada de cuanto se ha traslucido despues acá, da márjen á variar el concepto que desde un principio formé de que era apasionado á un gobierno liberal; y no debe dudarse que ha sido altamente calumniado por ciertos jefes que tenian en ello miras particulares. Las circunstancias en que se halló este grande hombre, fuéron las mas difíciles, y para juzgar con acierto de sus intenciones, es preciso hacerse cargo del estado físico, moral y político de aquel vastísimo pais. Su admirable injenio, fecundo en recursos, su firmeza en las empresas, su constancia en las fatigas, su fortaleza en los reveses, su penetracion en los negocios y su providente cuidado en todas las cosas, pudiéron hacer balancear la victoria hácia su lado y en contra de sus obstinadísimos enemigos exteriores, ciñéndole de los inmarcescibles laureles con que pudiera honrarse la primera nacion del mundo; pero aunque esta obra es jigantesca y eminentemente gloriosa, restábale,

despues de concluida, emprender otra, que por su complicada naturaleza no solo está fuera del alcance de ningun mortal el consumarla por ser la vida del hombre mui corta al efecto, sino que solo podrá ser el resultado de los esfuerzos reunidos de muchas generaciones y de grandes vaivenes. El hombre puede registrar las entrañas de la tierra, puede hacer rendir abundantes cosechas donde solo brotaban espinas y abrojos, puede allanar las montañas mas elevadas, mudar la direccion de los rios mas caudalosos y hacer retirar los mares; puede escudriñar los cielos, burlarse de las tempestades y encadenar los rayos, pero al hombre no le es dado el trasformar de repente la naturaleza de un pueblo, ni infundirle como por encanto costumbres opuestas á aquellas con que ha estado nutrido por algunos siglos. Esta metamórfosis debe de ser precisamente mui lenta y por grados casi imperceptibles, para que no se vean frustrados los conatos de la verdadera filantropía. Contémplese pues un pais de la inmensa estension que tiene la América que fué española, su prodijiosa feracidad, é inagotables riquezas, poblado ó dominado por una nacion con resabios de costum-

bres orientales y caballerescas, y bajo un gobierno que por querer ser demasiado tutelar y mandarlo todo, pocas veces era bien obedecido: que en proporcion de lo mucho que abarcaba, era ménos su enerjía; y cuya inercia de acuerdo con el clima causó la de los individuos, quienes en medio de la abundancia contrajéron hábitos mas propios para gozar que para adquirir; contémplese digo aquel pueblo compuesto de diferentes razas con pretensiones de superioridad las unas respecto de las otras, y estas divididas en clases con intereses diametralmente opuestos, muchos de ellos ligados á los añejos abusos. Reflexiónese detenidamente sobre el influjo que tiene en el hombre la religion, y cuando se haya meditado que solo una y esclusiva era la que seguian todos los habitantes de aquellas regiones, se podrá venir en conocimiento de la ascendencia que debia ejercer en el corazon de sus feligreses un clero rico y numeroso, y el gran poder que debian tener en la direccion de los negocios públicos, los que dominaban las conciencias de todas las clases. Considérense ahora los grandes trastornos que causó en las gentes una revolucion de aquella especie en medio de una

guerra tan larga y desoladora, el aniquilamiento de los caudales, la muerte ó destierro de tantas familias ligadas á aquel suelo por los lazos del interes, de la sangre, de la amistad y del amor; el descontento que traen con sigo semejantes acontecimientos, luego el desórden que acarrean los sacudimientos políticos en todos los ramos de la administracion pública, y las muchas y nuevas necesidades á que hai que atender. Agréguese á esto un numeroso ejército envanecido con la victoria, menospreciando al pueblo que ha desmoralizado con su ejemplo, y reclamando para sí todo el loor, gloria y provecho del triunfo; tantos generales y oficiales aspirando á los primeros empleos y á las propiedades de los que habian tenido la desgracia de no seguir su sistema, y celosos entre sí sobre quien se cojia la mejor presa. En fin recapacítese sobre todo esto, junto con la fuerza repulsiva que deben producir los arraigados hábitos de aquel pueblo bajo una monarquía absoluta por el espacio de tres siglos, y al ver que estos eran los elementos de que podia disponer el General Bolívar para establecer una república libre, se

convendrá en que era mas fácil morir en la demanda que consumar la obra.

En el discurso de la conversacion se trató del ejército español del Alto Perú, y el LIBERTADOR abrazando toda ocasion de inspirar confianza á sus oficiales, habló de los españoles en los términos mas bajos de escarnio y desprecio, espresando en el hilo de sus observaciones que "un colombiano era igual á dos ó tres españoles en el campo de batalla." Un edecan dijo que se habia detenido mas en la mesa aquel dia que lo de costumbre. El continuó en su vivo y picante discurso con todo el entusiasmo y enerjía con que habia comenzado. Siendo ya entrada la noche, guardó silencio, se levantó de la silla y se retiráron los oficiales. Al despedirnos nos dijo á Mr. H. y á mí, que no faltasemos al almuerzo, y nos dió las buenas noches.

A la mañana siguiente temprano ibamos á casa del LIBERTADOR, y apénas nos vió en la plazueleta de la entrada, cuando nos salió á recibir á la puerta, y dándome la mano me dijo que se alegraba de qué hubieramos sido mas puntuales que el dia anterior. Se quejó de estar algo indispuesto y habló poco al almuerzo, aunque estuvo

sumamente atento y cortes en la mesa con sus oficiales. A la comida no asistió, y los oficiales de su servidumbre no estuviéron sentados mucho tiempo despues que quitáron los manteles.

Yo pasé la tarde con el General Miller y el General Necochea hijo de Buenos Aires y comandante de la caballería del ejército combinado. En compañía de ellos fuí á ver al General O'Higgins, expresidente de Chile y comandante nombrado de una division del ejército. Un mapa del pais se tendió sobre una mesa grande que tenian delante, y se discutió el plan de operaciones. Evidentemente se acercaba la crísis en que debia decidirse de la suerte de uno de los ejércitos, y era tanto mas interesante, cuanto que por la calidad del terreno y el estado de los caminos era imposible que se escapasen los vencidos.

La mañana siguiente volvímos á almorzar con el LIBERTADOR. Luego que nos vió en el patio salió á la puerta que daba á él á recibirnos. Nos dió la mano, dijo que estaba mejor, y me invitó á mí á sentarme en su despacho. En el extremo del cuarto estaba un altar con velas encendidas como suele haber en las casas de los católicos.

Apuntando hácia él, dijo : " supongo que V. no va á misa." Yo le respondí que aunque no era católico, algunas veces la oia estando en paises católicos. "¿ Cual es su religion de V ?" Me dijo. Yo le respondí que la Protestante. Entónces continuó: " la religion depende en gran manera de la moda." Yo le pregunté luego, si era tolerada en Colombia la religion Protestante. " Cuan-
" do se formó la constitucion de Colombia," res-
" pondió, " conociendo que no seria admitida la
" tolerancia de ninguna otra religion mas que la
" católica, puse yo cuidado en que no se dijese
" nada sobre religion, de manera que como no hai
" una claúsula que prescriba la forma de culto,
" los estranjeros adoran á Dios como les parece.
" El pueblo de Colombia no se halla preparado
" todavía para ningun cambio en materia de reli-
" gion. Los sacerdotes tienen una grande influen-
" cia con las gentes ignorantes. La libertad de
" religion debe ser consecuencia de las instituciones libres y de un sistema de educacion general.
" Yo he hecho establecer el sistema lancasteriano
" en toda Colombia, y eso solo hará á la gene-
" racion venidera mui superior á la presente."

En esto iba, cuando fué interrumpido por tres religiosos que habian venido á cumplimentarle: él los recibió cortesmente, y estuviéron conversando juntos por algun tiempo. Cuando se retiráron, los siguió hasta la puerta, y volviendo hácia su asiento, me dijo: "estos frailes son mas feos que los diablos." Yo le pregunté si los sacerdotes eran adictos á la revolucion, y me contestó, que á los hijos del pais les gustaba, pero que los nacidos en España eran enemigos de ella. Aunque su poder se habia disminuido mucho, y se iba minorando cada dia mas, todavía dijo que tenian mucho influjo. "Ningun español," añadió, "es amigo de la in-
" dependencia; ellos aparentan favorecer la causa
" de los patriotas, miéntras están en nuestro po-
" der pero en el momento que pueden ayudar á
" los realistas, lo hacen así. Sus costumbres, sus
" maneras, sus sentimientos, sus principios y sus
" intereses están en oposicion. Ellos vienen aquí
" trayendo todos los vicios de la servidumbre á
" que están acostumbrados, y han comunicado sus
" vicios á la gente del pais: ademas de que sus re-
" laciones están demasiado ligadas con las de la
" metrópoli para que ellos sean adictos á la inde-

" pendencia. Este pais," prosiguió, " no puede
" prosperar en los primeros cien años; es menes-
" ter que pasen primero dos ó tres generaciones.
" Se debe fomentar la emigracion de las gentes de
" Europa y de la América del Norte, para que se
" establezcan aquí trayendo sus artes y sus ciencias.
" Estas ventajas, un gobierno independiente, escue-
" las gratuitas y los matrimonios con enropeos y
" anglo-americanos cambiarian todo el carácter del
" pueblo y le harian ilustrado y próspero."

Yo no tenia conocimiento de la constitucion de Colombia, y así le pregunté al LIBERTADOR, si era como la de los Estados Unidos, quien me respondió que se diferenciaba en gran manera. " El gobierno de Ustedes," dijo, " no puede du-
" rar: el ejecutivo no tiene poder bastante, y los
" Estados tienen demasiado. Disensiones y desu-
" nion debe de ser por último el resultado, lo que
" es mui de sentirse. Con un gobierno mas fuerte,
" seria su nacion en cincuenta años la mas pode-
" rosa del mundo. Su comercio deberia ser mui
" vasto, los paisanos de V. son valientes y em-
" prendedores, Ustedes tienen buenos puertos,
" abundancia de maderas de construccion y hierro,

"y con el tiempo superarán á los ingleses en la "mar. Toda la Europa vendrá á ser libre embe- "biendo los principios de América y viendo los "efectos de la libertad en la prosperidad de los "pueblos; y el mundo civilizado en ménos de "cien años será gobernado por la filosofía, y no "existirán los Reyes. El pueblo conocerá su po- "der y las ventajas de la libertad." ¡Pudiera aspirar á la corona un hombre de estos principios!

Yo me tomé la libertad de decirle en una pausa que hizo; "no hai uno entre mis paisanos que no sienta un vivo interes en los eventos de la vida de V. E. Permítame V. E. que le pregunte ¿qué cosa fué la que primero le indujo á emprender la revolucion de Colombia?—"Desde mi niñez," me respondió, "no pensaba en otra cosa: yo estaba encantado "con las historias de Grecia y Roma. La revolucion "de los Estados Unidos era de fecha reciente, y "presentaba un ejemplo. El carácter de Wash- "ington infundió en mi pecho la emulacion. Los "españoles que ocupaban los destinos en Colom- "bia en tiempo del Rei, no solo eran tiranos sino "que estaban encenagados en los vicios mas bru- "tales. En 1803 fuí á Francia con otros dos

" compañeros, (mencionó sus nombres,) y estaba-
" mos en Paris cuando la coronacion de Napoleon:
" todo era regocijo en la ciudad; pero nosotros
" no salímos del cuarto, y hasta cerrámos las venta-
" nas. De Francia pasámos á Roma: en Roma
" ascendímos al Monte Palatino, allí nos arrodillá-
" mos todos tres y abrazándonos uno á otro jurá-
" mos libertar á nuestra patria ó morir en la de-
" manda. Uno de mis compañeros volvió con
" migo á nuestra patria y pereció en el campo de
" batalla: el otro nunca volvió, ni sé que ha sido
" de su suerte."

El dijo que habia sido echado tres veces de Colombia, despues de haber sido dispersados ó muertos los amigos que habia reunido; pero que sus amigos se le habian vuelto á incorporar; que tornó á la palestra, perseveró y por último habia el triunfo coronado sus esfuerzos. El describió el carácter de los Gefes españoles que mandáron en Colombia en diferentes periodos, y dijo que todos eran crueles, pero particularmente uno de ellos llamado Boves lo era en estremo. " Aseguro á V.," añadió, " que era peor que un tigre: en to-
" mando una plaza ocupada por los patriotas, pa-

"saba barbaramente á cuchillo á hombres, muje-
"res y niños sin distincion. Ningun hombre civi-
"lizado," prosiguió, "podrá concebir la barbarie
"de estos Gefes españoles: en las guerras de Co-
"lombia han matado por lo ménos quinientas mil
"personas."

En la conversacion ordinaria el semblante de Bolívar presentaba un aire melancólico, y apénas levantaba los ojos del suelo; pero si trataba algun asunto que le interesaba mucho, entónces adquiria mucha vivacidad, miraba cara á cara al que le escuchaba atento, y en cada gesticulacion se veia espresada una alma encendida de vivas pasiones. El era bien parecido tanto de semblante como de persona. Su estatura, aunque no alta, tampoco era pequeña, tenia la tez trigueña, aunque tal vez lo estaba mas de lo que realmente era, por estar continuamente espuesto á las faenas é intemperies de una vida militar en un clima cálido. Sus ojos tenian una espresion que creo no puede pintarse ni con el pincel ni con la pluma. El color de ellos era castaño-oscuro. Todo en él era grande é infundia respeto y admiracion.

A las 11 nos llamáron á almorzar con mucha

pena mia: luego que nos levantámos de la mesa y me despedí del LIBERTADOR, su secretario me entregó la respuesta á los despachos de mi comandante, y habiendo mandado S. E. poner á mi disposicion cinco mulas buenas, y dádome un pasaporte en términos casi tan fuertes como el del Gobernador de Huacho, tomé mi camino, despues de haber dicho un tierno adios á Don Manuel y á los oficiales del ejército con quienes tuve el gusto de tratarme.

No queriendo volver á andar la misma ruta sobre las montañas y arenales que habia atravesado desde Huacho á Huaras, abracé con mucho placer el consejo que me diéron de volver á la costa por la via de Trujillo, aunque era mucho mayor la distancia.

Habiendo perdido los apuntamientos que tenia hechos concernientes á aquella parte de mi viaje desde Huaras hasta la costa del mar, y no acordándome de los mas de los pormenores que podrian suponerse interesantes al lector, no puedo tratar de pintar las montañas y desiertos, las rústicas poblaciones de indios ni los deliciosos valles que vímos. Así que pasámos las montañas, cambiá-

mos las mulas por caballos, y en cinco ó seis dias llegámos á Santa, sobre la costa del mar. Aquí el Gobernador que era un pobre ignorante, nos despachó á casa del Alcalde Pizarro, que era un mulato, donde pasámos la noche. Se nos habia prometido que nos tendrian listos los caballos en la madrugada del dia siguiente, pero cuantas horas se iban pasando desde que salió la aurora, tantas veces acudímos á pedir al Gobernador los caballos, y otras tantas nos prometia mandárnoslos. Finalmente cuando á cosa del medio dia ya nos pusímos mas formales, insistiendo seriamente en que se nos proveyese de caballos, el Gobernador se escondió sin que nadie supiese donde se le podria hallar. En vano le habiamos buscado en toda la villa por algun tiempo, cuando de repente le encontró mi compañero en la plaza; mas apénas vió á Mr. H. cuando apretó á correr á pies para que os quiero. Sin embargo fué pronto alcanzado, y Mr. H. le aplicó á las espaldas el látigo del caballo con buenas ganas. El Gobernador entónces se vino á buenas, tomó á bien parlamentar, entró en condiciones que cumplió con mejor fe que lo habia hecho con sus anteriores promesas, y por este medio

nos hallámos por fin en estado de poder partir de allí cerca del anochecer.

Al salir cruzámos el rio Santa, que es un raudal ancho, rápido y peligroso de pasar á tales horas por el derretimiento de la nieve de los Andes. Algunas millas mas allá está la Hacienda de Guadalupe, donde fuímos recibidos bondadosamente por el dueño, descansámos un rato, tomámos un refrigerio, y á cosa de la media noche proseguímos nuestra jornada por medio de un arenal hácia un pequeño valle, distante setenta millas de nosotros. Espoleámos nuestros caballos por aquel inmenso páramo de arena donde se enterraban hasta mas arriba de la cerneja los pobres animales, sin ver rastro alguno de pasajero que nos hubiese precedido, ni dejar atras marcada huella, porque todas las tapaba luego la brisa que suavemente corria de hácia el mar para la tierra adentro. Nuestro guia era para nosotros lo que la brújula para el marinero: él iba guiando, y nosotros seguiamos derechos sin discrepar un ápice con la misma fe que el timonel sigue el inmutable iman. Ya el sol habia andado la mitad de su carrera al dia siguiente, y nosotros todavía estabamos caracoleando por entre

los médanos de brillante y abrasadora arena, de los cuales salímos con gran satisfaccion nuestra para entrar en un valle pantanoso,cubierto de espesas cañas y algarrobos, y que se estendia desde el mar hasta las pedregosas y desoladas montañas del interior. Al principio continuámos llenos de confianza, volteando á derecha é izquierda conforme se presentaban los estorbos, algunas veces volviendo adonde estaba el camino mas abierto, hasta que se vió claro que se habian confirmado por desgracia nuestras sospechas, de que el guia se habia estraviado, si acaso no enteramente perdido. El valle tenia como una milla de ancho, y pudímos penetrar hasta como á cien varas de la orilla opuesta á aquella por donde habiamos avanzado ; pero allí nos topámos por donde quiera que nos acercámos con unos matorrales tan espesos, que burlaban todos nuestros esfuerzos para pasarlos. Renuente el guia á confesar su yerro, dió varias disculpas, hasta que viendo nosotros su improbabilidad, abiertamente le culpámos de habernos descarriado. Estabamos á la sazon á cincuenta millas de Santa y veinte del lugar de nuestro destino, á donde ya habriamos llegado, si nos hubieran guiado por camino

derecho. Lo cierto es que ya no nos quedaba mas de una hora de sol, cuando el guia confesó que habia perdido la esperanza de encontrar medio por donde pudieramos desembarazarnos de la presente dificultad, pero nos dijo que si era posible abrirnos una salida por aquella angosta espesura que nos separaba del páramo opuesto, él podria dar con el camino.

Sin haber probado un bocado ni bebido una gota de agua desde que salímos de Guadalupe, y estando mui maltratados nuestros caballos, parecia una alternativa mui desesperada el desandar cincuenta millas de arenal, por consiguiente nos resolvímos á hacer la prueba de desmontar las malezas para abrirnos camino, en lo que trabajámos lo que Dios sabe, no teniendo con que hacerlo mas que un cuchillo grande y un machete. Al fin á costa de mil jirones en los vestidos y no pocos rasguños en caras y manos, pudímos conseguir el pasar los caballos en pelo y nosotros á pie, llevando á mano todos los arreos y avíos, y de este modo salímos al arenal justamente al pardear la noche.

Mui alegres por haber conseguido nuestro intento, subímos á caballo, y encargámos á nuestro

conductor que guiase bien. Al principio echó á andar con una aparente confianza, que por de pronto nos deslumbró, y continuó por una ó dos horas dando vueltas y revueltas por el arenal, hasta que cuando ya nuestra impaciencia habia llegado á su mayor colmo por su ignorancia y porfía, esclamó como si le hubieran arrancado las palabras en el tormento: "estoi perdido." Aunque por lo pronto nos viniéron impulsos de desesperacion, así que el guia hizo esta triste y dolorosa confesion, sin embargo era un alivio en el penoso estado de suspension en que nos habia tenido tanto tiempo. Ahora ya no nos quedaba que escoger, y así volvímos á la entrada de los matorrales, donde atando nuestros caballos de las ramas de los algarrobos, nos tirámos sobre la arena y dormímos hasta por la mañana. Las circunstancias de nuestra penosa situacion son sin duda mas interesantes à nosotros que lo serian al casual lector, y así no me detendré en hacer la pintura de ellas.

El caso fué que tuvímos que volver por nuestros pasos hasta Guadalupe, á donde llegámos la noche siguiente, aniquilados enteramente nosotros y nuestros caballos; de modo que no nos hallámos en

una semana capaces de emprender de nuevo la travesía de aquel vasto desierto. Cuando nuestras fuerzas se restauráron tal cual, nos diéron otro guia mas ducho que el anterior, y en tres dias llegámos con bien á Trujillo.

En suma habiéndome propuesto en esta relacion por único objeto, el presentar á la luz pública un rasgo del carácter del General Bolívar, he tratado los incidentes que se siguiéron á mi partida de su cuartel general con la brevedad debida á la paciencia del lector, que puede estar cansado despues de haber seguido tan léjos al relator por un pais que aunque lleno de novedad y de peculiaridades que embelesan al viajero, tal vez se encontrará no contener mucho interes para el curioso ó frívolo lector en un clima distante. En fin, tal como ella es, el autor espera que será leida con indulgencia, y la recomienda como un diseño fiel y verdadero de un pais poco conocido, y de un hombre ilustre, á quien solamente hará justicia la posteridad, calificándole como uno de los varones mas grandes del siglo.

FIN.

245 91

THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

HECKMAN
INDERY INC.
MAY 91
N. MANCHESTER,
INDIANA 46962

LIBRARY OF CONGRESS
0 015 807 915 A